FILOSOFÍA MORAL Y ARQUETIPOS EN LA COHESIÓN SIMBÓLICA DEL CUENTO DE LA POBRE VIEJECITA

FRANCISCO FABIANY MOLINA BUSTOS – JENNY ALEJANDRA PEREZ PAEZ

FILOSOFÍA MORAL Y ARQUETIPOS EN LA COHESIÓN SIMBÓLICA DEL CUENTO DE LA POBRE VIEJECITA

FRANCISCO FABIANY MOLINA BUSTOS
Docente Universitario
Magister en Territorio, Conflicto y Cultura
Especialista en Finanzas
Economista
franciscomolinauniversidad@gmail.com
ORCID 7862 – 8166
https://orcid.org/0009-0006-7862-8166

JENNY ALEJANDRA PEREZ PAEZ
Docente Universitario
Magister en Pedagogía y mediaciones Tecnológicas
Licenciada en Lengua Castellana
japerezpa12@gmail.com
ORCID 8996 – 9023
https://orcid.org/0000-0002-8996-9023

Observatorio de ciencias sociales y humanas de Ibagué

Edukivotos. Ibagué, Colombia
2025

PREFACIO

El estudio del cuento “La pobre viejecita” de Rafael Pombo constituye una puerta de entrada a la exploración del modo en que la literatura infantil colombiana puede albergar significados más profundos de los que su aparente sencillez sugiere. Bajo la apariencia de un relato orientado a la enseñanza moral de niños y jóvenes, subyace un complejo entramado de símbolos que proyectan tensiones culturales, sociales y políticas vinculadas a la pedagogía del miedo, a la legitimidad del poder y a la construcción de un orden moralizante en la colectividad. En este sentido, el presente análisis se plantea como un esfuerzo por conectar el universo narrativo de Pombo con las reflexiones filosóficas de Maquiavelo y Hobbes, quienes, desde el Renacimiento y la modernidad temprana, formularon concepciones decisivas acerca del papel del temor en la preservación del orden y la disciplina social.

El cuento, aunque narrado con un tono aparentemente ligero, plantea preguntas inquietantes sobre la configuración del “antivillano”, entendido como aquel personaje que, si bien produce desasosiego o temor en su comunidad, persigue un bien común más amplio que justifica sus acciones. Esta figura híbrida, entre el protector y el opresor, encuentra su fundamento en las teorías de la ética política. Maquiavelo, en *El príncipe* (1532/2010), afirmaba que “es mejor ser temido que amado, si no se puede ser ambas cosas” (p. 84), subrayando que el temor, cuando está bien administrado, deviene una herramienta política legítima. Hobbes, por su parte, en *Leviatán* (1651/2004), sostenía que el miedo constituye el cimiento mismo del pacto social, pues “el miedo mutuo de los hombres en el estado de naturaleza los conduce a erigir un poder común” (p. 117). Ambos enfoques resultan útiles para leer la estrategia pedagógica implícita en Pombo, quien recurre al recurso del temor para movilizar la reflexión moral de sus lectores.

Este prefacio invita al lector a sumergirse en dos ejes de análisis complementarios. El primero explora la manera en que la figura del “antivillano” en los cuentos de

Pombo puede entenderse como una transposición literaria de las tesis maquiavélicas y hobbesianas sobre la ética del miedo. Aquí se sostiene que el terror pedagógico, disfrazado de moraleja, opera como un mecanismo de control social que busca no solo moldear la conducta individual, sino también preservar un orden colectivo y, en ciertos pasajes, incluso transmitir un sentido de respeto hacia el entorno natural y los límites ecológicos. El segundo eje se centra en el cuento específico de “La pobre viejecita”, donde la figura de la anciana, leída como un ente ambivalente que encarna la austeridad, la fragilidad y la disciplina, se presenta como un espejo deformante que interpela tanto a los niños como a los adultos. Desde la perspectiva hobbesiana, la viejecita simboliza la instauración de un poder protector y, al mismo tiempo, restrictivo, cuya función es inculcar un sentido de orden a través del miedo y la compasión entrelazados.

La propuesta de este trabajo es abrir un diálogo interdisciplinario en el que literatura, filosofía política y pedagogía se entrecruzan. El objetivo no es reducir el cuento a un simple instrumento de control, sino mostrar cómo en él confluyen valores y tensiones que se mantienen vigentes en la cultura colombiana: la necesidad de disciplina social, la búsqueda de legitimidad del poder y la conciencia de límites en el comportamiento humano frente al bien común. En este punto, la pedagogía del terror, lejos de ser entendida únicamente como coerción, se interpreta también como una forma de salvaguarda de valores comunitarios que permiten la cohesión social.

En suma, este prefacio prepara al lector para abordar un análisis en el que la moralización literaria de Pombo se ilumina a partir de la tradición filosófica occidental. Al poner en diálogo al autor colombiano con Maquiavelo y Hobbes, se pretende evidenciar que el legado literario de Pombo trasciende el marco de la literatura infantil y se inserta en debates más amplios sobre la ética, el poder y la preservación del orden social. La intención última es revelar cómo la aparente sencillez de un cuento puede constituirse en un mecanismo sofisticado de reflexión moral y política, cuyo eco resuena en la historia cultural de Colombia y en la formación de sus imaginarios colectivos.

MORAL Y SÍMBOLOS VIVO

EL ARQUETIPO DE LA PROTAGONISTA Y LA TRANSMISIÓN DE VALORES MORALES

El cuento “La pobre viejecita” de Rafael Pombo, uno de los textos paradigmáticos de la literatura infantil colombiana, se constituye en un dispositivo pedagógico y moralizante que encarna la capacidad de la narrativa breve para transmitir valores colectivos. El personaje central, una anciana aparentemente desposeída que paradójicamente posee bienes abundantes, simboliza una contradicción deliberada que orienta la reflexión del lector hacia el reconocimiento de la ambición, la codicia y el descontento como vicios humanos. En este punto, el arquetipo de la protagonista funciona como espejo de la tensión entre virtud y defecto, mostrando que la percepción del bien y el mal no se encuentra únicamente en las acciones materiales, sino en las disposiciones internas del carácter.

Desde la perspectiva del utilitarismo de John Stuart Mill, el relato permite entender cómo la felicidad individual y colectiva se ven afectadas por la insatisfacción permanente. Mill (1863/2001) sostiene que “el fundamento de la moral está en la utilidad, o en el principio de la mayor felicidad, que sostiene que las acciones son correctas en proporción a que tienden a promover la felicidad” (p. 9). La viejecita, pese a gozar de abundancia, vive en un estado de queja y desasosiego, lo que niega la posibilidad de alcanzar la felicidad como bien último. Así, el cuento enseña a los lectores que la inconformidad perpetua atenta contra la maximización de la felicidad, pues ni siquiera la acumulación de bienes asegura el bienestar moral.

La ética de la virtud de Aristóteles también ilumina este análisis. En la *Ética a Nicómaco*, Aristóteles (350 a. C./2004) afirma que “la virtud moral es el resultado del hábito” (p. 1103a), es decir, que los seres humanos se forman en la virtud a través de prácticas reiteradas. La pobre viejecita, al quejarse constantemente, modela un hábito negativo que impide el cultivo de la templanza y de la gratitud,

virtudes fundamentales para el equilibrio del carácter. El relato cumple, entonces, una función pedagógica: mostrar que la falta de moderación y de virtud conduce a una existencia degradada, incapaz de alcanzar la eudaimonía o florecimiento humano.

Por su parte, la ética del deber de Immanuel Kant ofrece otra clave interpretativa. En la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Kant (1785/2002) plantea que “obra de tal manera que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la de cualquier otro, siempre al mismo tiempo como un fin y nunca simplemente como un medio” (p. 429). La viejecita se convierte en ejemplo de cómo el descontento permanente instrumentaliza los bienes y las circunstancias externas como medios de validación personal, olvidando que el deber moral se encuentra en la disposición racional hacia lo correcto y no en la satisfacción material. El cuento, en esta línea, transmite a los lectores la necesidad de actuar por deber y no por inclinaciones subjetivas, dado que el desasosiego perpetuo traiciona la autonomía moral.

De este modo, el arquetipo de la protagonista se convierte en un recurso pedagógico que condensa enseñanzas morales universales, mostrando cómo los vicios de la insatisfacción, la ambición y la falta de gratitud deterioran la vida buena, la felicidad utilitarista, el cultivo de la virtud y el cumplimiento del deber moral.

PERCEPCIÓN DEL BIEN Y EL MAL EN EL RELATO

El análisis del cuento permite comprender que la percepción del bien y del mal no se reduce a la simple posesión de bienes, sino que se configura en la manera en que el sujeto interpreta y vive sus circunstancias. La protagonista encarna la paradoja de tener todo y sentirse desdichada, lo cual transmite la enseñanza de que el mal radica en los estados internos de inconformidad y egoísmo, mientras que el bien se identifica con el equilibrio, la virtud y la gratitud.

Desde la mirada utilitarista, Mill (1863/2001) subraya que “es mejor ser un ser humano insatisfecho que un cerdo satisfecho; mejor ser Sócrates insatisfecho que un necio satisfecho” (p. 14). Esta reflexión permite entender que el mal no está

únicamente en la privación material, sino en la incapacidad de orientar la vida hacia placeres superiores, como el cultivo de la razón, la justicia y la virtud. La viejecita ilustra el error de no distinguir entre placeres bajos y altos, lo cual constituye un aprendizaje moral para los lectores.

La ética aristotélica aporta otra perspectiva: Aristóteles (350 a. C./2004) indica que "la vida buena es la vida conforme a la virtud" (p. 1098a). De esta manera, el cuento enseña que la percepción del bien no depende de la cantidad de bienes acumulados, sino del carácter del sujeto para orientar sus actos hacia la excelencia. La viejecita, al no cultivar virtudes como la templanza y la gratitud, encarna un ejemplo de desviación ética que se propone como advertencia para los lectores.

Finalmente, Kant recuerda que el bien supremo no se define por la experiencia sensible, sino por la voluntad buena, "la única cosa que puede ser considerada buena sin restricción" (Kant, 1785/2002, p. 393). El cuento muestra que la viejecita, al carecer de una voluntad recta que ordene su conducta hacia el deber, termina presa de una visión moral degradada en la que el mal surge de la incapacidad de orientar la vida desde principios universales.

En el plano cultural colombiano, este relato de Pombo se inserta en una tradición de literatura moralizante que busca formar a los niños y a la sociedad en principios éticos universales, transmitidos en clave narrativa. El personaje, aunque caricaturesco, permite que la lección moral se grabe en la memoria, recordando que la moralidad no se encuentra en la abundancia, sino en la disposición interna hacia la virtud, el deber y la felicidad compartida.

El cuento de Rafael Pombo, a través del arquetipo de la pobre viejecita, sintetiza una enseñanza moral que puede analizarse desde tres de los grandes sistemas éticos de la tradición filosófica occidental: el utilitarismo de Mill, la ética de la virtud de Aristóteles y la ética del deber de Kant. En cada caso, la narrativa revela cómo la insatisfacción, la ausencia de virtud y la falta de deber conducen a la imposibilidad de alcanzar una vida plena. La historia, aparentemente sencilla, se erige como un recurso formativo que enseña a los lectores a distinguir entre el bien y el mal,

mostrando que la moralidad no se encuentra en el tener, sino en el ser. En este sentido, el valor moralizante de “La pobre viejecita” sigue vigente en Colombia, no solo como parte del acervo literario infantil, sino como un vehículo para pensar, a través de la literatura, la necesidad de cultivar gratitud, virtud y deber en la construcción de una vida buena y justa.

HÉROE VIRTUOSO: LA DEFENSA DE LO SAGRADO NATURAL

LA POBRE VIEJECITA, DESDE LA ÉTICA DE LA VIRTUD

El cuento “La pobre viejecita” de Rafael Pombo, más allá de ser una pieza literaria destinada al público infantil, se constituye en un relato profundamente moralizante que, bajo un tono irónico y crítico, pone en cuestión las actitudes humanas frente a la abundancia, el descontento y la capacidad de reconocer la justa medida de las cosas. En el marco de la tradición filosófica, este texto permite ser interpretado a través de la ética de la virtud de Aristóteles, cuyo planteamiento central establece que el ser humano alcanza su florecimiento (*eudaimonía*) mediante la práctica constante de virtudes como la prudencia, la justicia y la valentía (Aristóteles, 350 a. C./2004).

El arquetipo de la protagonista, una mujer que paradójicamente se queja de su destino pese a poseer recursos materiales en abundancia, funciona como vehículo pedagógico para mostrar el daño que produce la ausencia de virtudes. Frente a este personaje central, aparecen indirectamente los aliados humanos: la sociedad, los lectores y las figuras simbólicas que representan lo contrario a la insatisfacción y la desmesura. Estos aliados no son explícitamente nombrados en el relato, pero pueden inferirse como las instancias que corrigen, cuestionan y modelan la actitud de la protagonista desde valores virtuosos.

En la perspectiva aristotélica, la prudencia (*phronesis*) se entiende como la capacidad de deliberar correctamente sobre lo que es bueno y conveniente para la vida (Aristóteles, 350 a. C./2004, p. 1140a). La viejecita encarna lo contrario: una falta de discernimiento que la lleva a quejarse de lo superfluo. Sin embargo, al introducir este personaje en el plano social, el cuento permite a los lectores reconocer la necesidad de la prudencia como virtud rectora de la vida cotidiana, en tanto evita caer en la desmesura y orienta la acción hacia la justa medida. La crítica

implícita de Pombo pone en evidencia la función social del cuento como transmisor de prudencia y moderación, en línea con la ética aristotélica.

La valentía (*andreia*), otra virtud cardinal según Aristóteles, no se restringe a actos de guerra, sino a la capacidad de enfrentar con fortaleza las dificultades y de sobreponerse a la adversidad. En este sentido, los aliados humanos que rodean la figura de la viejecita representan la valentía al mostrar, desde el contraste, la posibilidad de vivir con fortaleza y gratitud incluso en contextos de carencia. Como sostiene Aristóteles (350 a. C./2004), “el hombre valiente es aquel que actúa como debe frente a los temores y las confianzas” (p. 1115b). La viejecita, en cambio, se muestra débil e incapaz de enfrentar la vida con templanza, por lo cual el cuento enseña indirectamente a cultivar la valentía como disposición ética para la vida social.

En lo relativo a la justicia, Aristóteles (350 a. C./2004) la describe como “la virtud completa, no en sentido absoluto, sino en relación con los demás” (p. 1129b). El personaje de la viejecita revela la injusticia consigo misma y con la comunidad, pues al quejarse de manera permanente transmite un mensaje de inconformidad que desordena la percepción social del bien. Frente a ello, los aliados humanos que pueden surgir de la narración —como la familia, la comunidad o los lectores— constituyen el espacio donde la justicia se cultiva al valorar lo que se posee y al reconocer la dignidad del equilibrio. La narración, en consecuencia, cumple un rol protector del orden social, ya que enseña a evitar los excesos y a orientar las acciones hacia el bien común.

La literatura de Pombo, y en particular este cuento, opera como una mediación cultural que traduce conceptos filosóficos complejos en ejemplos concretos para las nuevas generaciones. La pobre viejecita encarna el vicio, mientras que la sociedad lectora y sus aliados implícitos encarnan la virtud. De este modo, el relato articula la ética de la virtud con la protección del orden natural y social, mostrando que la valentía, la justicia y la prudencia no solo son cualidades individuales, sino fundamentos de la vida comunitaria que aseguran la estabilidad y la armonía social.

LA POBRE VIEJECITA Y LA ÉTICA ARISTOTÉLICA

El relato de Pombo también se proyecta hacia una dimensión más amplia: la relación del ser humano con la tierra y con la comunidad. Si bien “La pobre viejecita” centra su atención en un personaje que vive rodeada de abundancia material, la insistencia en el descontento y en la falta de gratitud abre la puerta a una interpretación que conecta con el modo en que las comunidades se relacionan con su entorno natural. En este sentido, la ética de la virtud aristotélica ofrece un marco idóneo para comprender cómo las disposiciones del carácter orientan no solo la vida individual, sino también la protección del orden natural y social.

La prudencia, en clave comunitaria, implica la capacidad de organizar los recursos de manera equilibrada para asegurar la sostenibilidad de la vida. Aristóteles (350 a. C./2004) subraya que “el prudente no solo delibera rectamente sobre lo conveniente para él, sino también sobre lo que es bueno para la vida en general” (p. 1140a). Bajo esta lógica, la pobre viejecita simboliza lo contrario: la incapacidad de reconocer el orden natural que sustenta su abundancia. La narración, sin embargo, enseña que el bien moral radica en la prudencia que guía la relación justa con la tierra, en la gratitud por los recursos y en el uso responsable de los bienes.

La justicia, trasladada a la relación con la comunidad y el entorno, permite entender que los bienes materiales no pueden interpretarse desde la lógica de la posesión ilimitada, sino desde la redistribución y el reconocimiento del otro. Aristóteles (350 a. C./2004) recuerda que “la justicia es la virtud que dispone a obrar de acuerdo con lo que es justo y a querer lo justo” (p. 1130a). El cuento, al presentar la paradoja de la viejecita, critica implícitamente la injusticia de acumular sin reconocer la satisfacción suficiente. De esta manera, la lección transmitida es que el orden natural y social solo se protege cuando se practica la justicia como virtud distributiva, que garantiza la equidad en la relación con la tierra y con la comunidad.

Por otra parte, la valentía adquiere un matiz especial en este contexto. La virtud de la fortaleza se proyecta como la capacidad de resistir la tentación de la avaricia y del descontento, y de enfrentar con dignidad las condiciones de la vida. El cuento

enseña que la verdadera valentía no se encuentra en poseer cada vez más, sino en reconocer los límites naturales de la existencia y en aceptar con serenidad lo que corresponde. Esta visión se alinea con la interpretación aristotélica de la valentía como término medio entre el miedo y la temeridad, es decir, como la disposición de enfrentar las circunstancias de la vida con equilibrio (Aristóteles, 350 a. C./2004, p. 1116a).

El papel de los personajes virtuosos, aunque no sean protagonistas directos en la narración, se manifiesta en las instancias que contrastan con la viejecita: los lectores que aprenden la enseñanza, las figuras sociales que valoran la tierra y los recursos, y las comunidades que practican la solidaridad. Ellos representan la traducción viva de la ética aristotélica al campo social, mostrando cómo la virtud se convierte en garantía del orden natural y comunitario.

En la tradición literaria colombiana, la obra de Pombo tiene un papel formativo que trasciende la simple instrucción moral para niños. La pobre viejecita encarna el exceso, pero la sociedad y los personajes virtuosos que se desprenden de la narración encarnan la templanza y la medida justa. Así, el cuento integra la ética aristotélica en un marco pedagógico que defiende la armonía entre ser humano, tierra y comunidad, recordando que el orden social no puede sostenerse sin justicia, prudencia y valentía en la vida común.

El análisis de *La pobre viejecita* desde la ética de la virtud de Aristóteles revela la profundidad de un cuento que, a primera vista, parece destinado únicamente al entretenimiento infantil. Al examinar la figura de la protagonista y el contraste con sus aliados humanos y personajes virtuosos, se muestra cómo Pombo logra transmitir enseñanzas sobre la prudencia, la justicia y la valentía como pilares del orden social y natural. En la ironía de la viejecita quejumbrosa se descubre un llamado pedagógico a cultivar la virtud, no solo como cualidad individual, sino como principio que sostiene la relación con la tierra y con la comunidad. Así, la narrativa de Pombo se reafirma como un legado moralizante en la cultura colombiana, que

recuerda la necesidad de vivir conforme a la virtud para alcanzar una existencia plena, justa y en armonía con el mundo compartido.

ANTIHÉROE CONSECUENCIALISTA: MORAL EN ZONA GRIS

El cuento “La pobre viejecita” de Rafael Pombo ha sido considerado durante décadas como una pieza fundacional de la literatura infantil colombiana y, al mismo tiempo, como un relato moralizante que condensa la pedagogía social de su tiempo. Sin embargo, un análisis más profundo permite advertir que el personaje central no solo encarna la ironía y la paradoja de la abundancia acompañada de la queja constante, sino que también puede leerse como un antihéroe: una figura que, lejos de representar virtudes ejemplares, utiliza actitudes cuestionables para mantener un lugar privilegiado dentro del orden social y simbólico.

En esta dirección, la teoría del antihéroe subraya que estos personajes, aunque aparentemente negativos, cumplen una función cultural: reflejar los dilemas morales de la comunidad, revelando la tensión entre medios cuestionables y fines que pueden ser considerados legítimos (Campbell, 1949/2004). La viejecita, al quejarse constantemente pese a su abundancia, interpela al lector con un mensaje ambiguo: critica la falta de gratitud y al mismo tiempo desvela las inconsistencias del deseo humano, donde nunca se alcanza una satisfacción plena. Esta ambivalencia la aproxima al perfil de un antihéroe, pues no cumple el rol tradicional del héroe moralizante, sino que plantea un espejo incómodo para el lector.

Desde el utilitarismo de John Stuart Mill, este tipo de figura puede analizarse a la luz del principio de la mayor felicidad. Mill (1863/2001) sostiene que “las acciones son correctas en la medida en que tienden a promover la felicidad; incorrectas en cuanto tienden a producir lo contrario de la felicidad” (p. 9). La viejecita se presenta como alguien incapaz de reconocer el bienestar que posee, utilizando un discurso de carencia para reforzar su posición frente al mundo. De este modo, aunque sus métodos —la queja constante y el descontento— son cuestionables, apuntan a un fin legítimo: asegurar la simpatía de la comunidad y la validación social. El cuento, en clave utilitarista, revela que la moralidad de las acciones no depende solo de su forma, sino de sus consecuencias en términos de utilidad.

La teoría durkheimiana de la norma social refuerza esta lectura al señalar que las normas son construcciones colectivas que garantizan la cohesión de la sociedad. Durkheim (1895/2001) define el hecho social como “toda manera de obrar, fija o no, susceptible de ejercer sobre el individuo una coacción exterior” (p. 13). El personaje de la viejecita rompe con las normas implícitas de gratitud y satisfacción, mostrando que el incumplimiento de estas expectativas sociales no destruye el orden, sino que lo refuerza al generar una reacción moralizante en el lector. Su figura antihéroica, al transgredir la norma de la gratitud, cumple la función de mostrar a la comunidad lo que no debe hacerse, estableciendo un límite pedagógico en torno al comportamiento aceptable.

En este sentido, el relato de Pombo no solo presenta a un personaje ambiguo que encarna el descontento, sino que además lo convierte en un mecanismo cultural de regulación. La viejecita, como antihéroe, utiliza métodos cuestionables —la queja, la ironía y la victimización— para un fin que, desde el prisma social, puede leerse como legítimo: reforzar el tejido moral de la comunidad mediante la exhibición de un ejemplo negativo. Este rol se corresponde con la función de la literatura como espacio de construcción de normas sociales, donde lo negativo y lo transgresor también participan en la configuración de lo que se entiende por virtud.

PACTOS, TRANSGRESIONES O NEGOCIACIONES PRESENTES EN EL CUENTO DE *LA POBRE VIEJECITA*

Si se interpreta el cuento como un mito moralizante dentro de la cultura colombiana, pueden identificarse en la trama ciertos pactos, transgresiones o negociaciones simbólicas que se expresan a través de la protagonista. La viejecita, al insistir en su queja, establece un pacto implícito con el lector: se presenta como víctima para ganar compasión, aun cuando su realidad es de abundancia. Esta transgresión del orden narrativo y moral tradicional constituye una negociación con las expectativas sociales, pues revela la tensión entre lo que se tiene y lo que se declara tener.

El utilitarismo permite leer estas transgresiones como actos moralmente justificables si se analizan por sus consecuencias. Mill (1863/2001) plantea que “debe

reconocerse la distinción entre placeres superiores e inferiores, y la preferencia por los primeros debe guiar el juicio moral" (p. 14). La estrategia de la viejecita, aunque tramposa, podría justificarse si su queja produce un aprendizaje moral en el lector, es decir, si conduce a un placer superior: la comprensión de la importancia de la gratitud y de la moderación. Desde esta perspectiva, el cuento se convierte en un instrumento utilitarista, donde el método cuestionable se valida por el resultado benéfico que genera en la comunidad lectora.

La ética durkheimiana, por su parte, enfatiza el papel de la norma como eje de cohesión social. Durkheim (1912/1993) sostiene que "la sociedad no puede mantenerse si no existe entre sus miembros un mínimo de conformidad con ciertas reglas" (p. 45). En este sentido, la viejecita funciona como la transgresora que reafirma la norma: al mostrar lo que ocurre cuando se rompe la expectativa de gratitud, el cuento fortalece en la comunidad la obligación moral de valorar lo que se tiene. Su queja, entonces, no es solo un capricho individual, sino un acto pedagógico que reactualiza la norma social en un contexto cultural específico.

En las comunidades rurales colombianas del siglo XIX, cuando Pombo escribió su obra, la literatura infantil no era un simple entretenimiento, sino un mecanismo de educación social y moral. La tensión entre la queja de la viejecita y la abundancia que la rodea refleja dilemas presentes en dichas comunidades: la contradicción entre la pobreza material y la riqueza simbólica, la desigualdad en el acceso a los recursos, y la necesidad de reforzar valores de templanza, gratitud y justicia como bases del orden colectivo. En este marco, el cuento pone en escena las negociaciones culturales entre norma y beneficio: la viejecita encarna lo negativo, pero su relato genera cohesión social al enseñar qué actitudes deben ser rechazadas.

El valor moralizante del cuento, entonces, reside en su capacidad de exhibir las tensiones entre norma y resultado benéfico, mostrando que las transgresiones individuales pueden servir como instrumento pedagógico de la comunidad. Desde el utilitarismo, se justifica el uso de métodos cuestionables si el aprendizaje obtenido

maximiza la felicidad colectiva. Desde Durkheim, la figura de la viejecita asegura la continuidad del orden social al delimitar simbólicamente lo aceptable y lo inaceptable. En ambos casos, el relato revela la función cultural de la literatura infantil como mecanismo de transmisión de normas, adaptado a la realidad de comunidades rurales donde el orden social se sostenía tanto en la práctica cotidiana como en los relatos pedagógicos.

El examen de *La pobre viejecita* de Rafael Pombo desde la óptica del utilitarismo de John Stuart Mill y de la teoría durkheimiana de la norma social permite comprender cómo este cuento, aparentemente simple, articula una compleja trama de significados morales y culturales. La protagonista, leída como un antihéroe, muestra que los métodos cuestionables pueden conducir a fines legítimos cuando se interpretan bajo la lógica de la utilidad social o de la cohesión normativa. Sus quejas, transgresiones y pactos simbólicos no destruyen el orden, sino que lo fortalecen al señalar lo que debe evitarse y al recordar la importancia de la gratitud, la medida y la justicia. En la cultura colombiana, este relato ha funcionado como un mito moralizante que trasciende la anécdota individual de la viejecita para convertirse en un espejo de las tensiones entre individuo y comunidad, entre norma y beneficio, revelando la fuerza de la literatura como herramienta de formación social.

VILLANO DEONTOLÓGICO: EL TRANSGRESOR ABSOLUTO

LA TRANSGRESIÓN DEL DEBER Y EL ARQUETIPO DEL VILLANO

El cuento *La pobre viejecita* de Rafael Pombo, aunque tradicionalmente leído en Colombia como una pieza infantil que presenta con tono satírico la paradoja de una mujer que se queja de vivir en la abundancia, encierra dimensiones morales y éticas que pueden ser interpretadas desde marcos filosóficos complejos. En particular, cuando se examina el relato bajo la óptica de la deontología kantiana, emerge la posibilidad de identificar en la protagonista una suerte de "villano deontológico", es decir, una figura que transgrede deberes fundamentales al poner en entredicho los principios universales del deber moral.

La ética kantiana, tal como se desarrolla en la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, establece que la moralidad no se define por las consecuencias de los actos, sino por la conformidad de estos con el deber y con el imperativo categórico. Kant (1785/2008) sostiene: "Obra sólo según aquella máxima por la cual puedas querer que al mismo tiempo se convierta en ley universal" (p. 83). De este modo, la obligación ética se sustenta en principios racionales universales, no en inclinaciones particulares o intereses subjetivos. En el cuento de Pombo, la viejecita aparece como una figura quejumbrosa, incapaz de reconocer el valor de su situación privilegiada, y que de manera implícita niega el deber de gratitud y de reconocimiento de lo que posee.

Cuando se examina el arquetipo de la protagonista desde esta perspectiva, se la puede leer como transgresora de una norma fundamental: el deber de orientar la acción conforme a principios racionales que puedan universalizarse. La queja constante frente a la abundancia constituye un acto de desproporción moral, pues contradice la máxima universal de gratitud y respeto por las condiciones que garantizan la subsistencia digna. En este sentido, su representación mítica funciona

como la construcción simbólica de una villana no por ejercer maldad directa, sino por desvirtuar el deber de coherencia moral frente a la vida.

Esta interpretación en clave de “villano deontológico” coloca a la protagonista en el lugar de quien rompe los deberes fundamentales que cohesionan la vida comunitaria. De acuerdo con Kant (1785/2008), “la moralidad de las acciones no depende de la realidad de su objeto, sino de su principio de volición” (p. 104). La viejecita, al vivir en abundancia pero expresarse desde la queja, erosiona el principio de conformidad racional que debería regir sus actos. El mito literario, así leído, no busca únicamente entretener o instruir a niños, sino simbolizar los riesgos sociales de quien actúa desde la negación del deber moral básico de agradecimiento y justicia.

Este carácter de transgresión del deber le otorga a la narración una dimensión correctiva. La “villanía” no se expresa en la violencia física ni en la infracción explícita de la ley, sino en la ruptura del orden deontológico que sostiene la confianza social. Pombo, sin necesidad de exponer a su protagonista a un castigo explícito, exhibe la contradicción interna de su conducta como un recordatorio pedagógico para la comunidad lectora: la queja sin fundamento y la negación del deber de gratitud son incompatibles con los principios universales de la ética kantiana.

LA FUNCIÓN SOCIAL DEL CASTIGO Y LA COHESIÓN COMUNITARIA

La representación de la “pobre viejecita” como villana deontológica no se limita a su rol individual, sino que permite analizar cómo el cuento transmite de manera implícita la función social del castigo dentro de la comunidad. Kant (1785/2008) concibe que las acciones humanas deben ser juzgadas a partir de su conformidad con el deber, y que la sanción moral surge cuando se quiebra la universalidad del imperativo categórico. La idea de castigo, entonces, no se entiende como venganza ni como respuesta a la utilidad, sino como reafirmación de la ley moral en tanto fundamento de cohesión comunitaria.

En este sentido, el mito literario cumple una función pedagógica análoga a la del castigo simbólico: exhibe la contradicción moral de la protagonista para que el lector reconozca la necesidad de orientar la vida según principios universales. Kant (1785/2008) afirma: “La voluntad se encuentra sometida a la ley moral, y no puede obrar sino bajo la idea de la obligación” (p. 121). El cuento de Pombo, al presentar a una figura que vive bajo el exceso pero se comporta como si estuviera en privación, expone la violación del deber de reconocimiento y de respeto por el propio bienestar.

Desde esta perspectiva, el castigo que recibe la protagonista no es físico ni jurídico, sino simbólico: su misma actitud la condena al ridículo y a la desaprobación social. En el ámbito de lo mítico, este tipo de sanción refuerza la cohesión comunitaria al mostrar al lector las consecuencias de negar la moralidad del deber. De hecho, la fuerza del mito reside en que no necesita de un verdugo externo: es la incoherencia interna de la viejecita la que la exhibe como ejemplo negativo ante la colectividad.

La función social de este tipo de narración es, entonces, la preservación de la cohesión comunitaria a través de la construcción de arquetipos que muestran lo que ocurre cuando se quiebran los deberes fundamentales. Kant (1785/2008) subraya que “la autonomía de la voluntad es el principio supremo de la moralidad” (p. 138). La viejecita, al carecer de autonomía y dejarse guiar por una queja irracional, evidencia la vulneración de este principio y su consecuencia: la sanción moral implícita que funciona como advertencia para la comunidad.

Así, el cuento de Pombo adquiere valor moralizante porque opera como un mito de advertencia. La protagonista, en su papel de villano deontológico, encarna la figura de quien se aleja del deber y sufre el rechazo social como castigo simbólico. De esta forma, la narración trasciende el plano infantil y se inserta en un horizonte ético que refuerza los principios de la vida comunitaria.

La lectura kantiana del cuento permite reconocer que la obra de Pombo no sólo busca entretener, sino también contribuir a la educación moral de la colectividad colombiana. La sanción simbólica aplicada a la viejecita cumple con una función

social semejante a la del derecho y la moral: preservar el orden mediante la reafirmación de principios universales. La risa que provoca la paradoja de su situación constituye, en realidad, una pedagogía de la virtud a través de la deontología: enseñar que la gratitud, la coherencia moral y el reconocimiento de los deberes fundamentales son condiciones de la cohesión comunitaria.

En este sentido, el mito de la pobre viejecita se convierte en un ejemplo de cómo la literatura infantil y popular puede vehicular arquetipos morales que operan en la vida social. Al presentar a una protagonista que encarna la transgresión de los deberes kantianos, Pombo ofrece a la colectividad una narración que advierte sobre los riesgos del egoísmo y la ingratitud, y que refuerza la necesidad de orientar la vida según principios universales.

El valor moralizante del cuento se encuentra, por lo tanto, en la representación de una villanía deontológica que no destruye al otro mediante la violencia, pero sí erosiona los fundamentos éticos de la comunidad. El castigo simbólico que la obra exhibe —la burla, la contradicción interna y la desaprobación social— cumple con la función de preservar la cohesión comunitaria, al recordar a los lectores que toda transgresión al deber fundamental conlleva consecuencias sociales inevitables.

La reflexión que emerge de este análisis invita a comprender el papel de los cuentos tradicionales como formas de transmisión ética que operan más allá del entretenimiento. La pobre viejecita de Pombo, leída desde la deontología kantiana, no es solo un personaje irónico, sino una encarnación del villano deontológico, cuya falta de gratitud y coherencia representa la transgresión del deber moral. Su castigo simbólico recuerda a la colectividad que la cohesión comunitaria depende del respeto al deber universal, y que la negación de este conduce inevitablemente a la sanción, aun cuando esta se exprese únicamente en el terreno del mito y la narrativa literaria.

ANTIVILLANO Y ÉTICA DEL MIEDO

PEDAGOGÍA DEL MIEDO

El cuento *La pobre viejecita* de Rafael Pombo, pieza central dentro de la tradición literaria colombiana, puede leerse más allá de su aparente ingenuidad infantil como un relato con profundas dimensiones pedagógicas y morales. Su tono irónico, que exhibe a una mujer llena de riquezas pero que se queja de su condición, ha sido tradicionalmente interpretado como una sátira sobre la inconformidad humana. Sin embargo, una relectura académica permite situar el cuento en la lógica de los arquetipos sociales, donde la protagonista encarna, en clave simbólica, la figura de un "antivillano": un personaje temido por sus contradicciones y debilidades, pero que, paradójicamente, encierra enseñanzas sobre la búsqueda del bien común a través del miedo y la advertencia moral.

El concepto de "antivillano" se puede entender como la figura que, pese a no representar la maldad pura, cumple la función de mostrar al colectivo lo que ocurre cuando se rompe el equilibrio de la convivencia social. En este sentido, la *pobre viejecita* funciona como ejemplo negativo que educa desde la exageración y el ridículo. La protagonista no es temida por su violencia, sino por el mensaje pedagógico que encierra su figura: convertirse en ella representa el destino del egoísmo y la ingratitud. El miedo a caer en esa condición deviene un recurso moralizante y preventivo.

Aquí se hace pertinente la perspectiva de Maquiavelo, quien en *El Príncipe* sostiene que el miedo es un instrumento político más seguro que el amor para mantener el orden. Maquiavelo (1532/2004) señala: "Es mucho más seguro ser temido que amado, si se ha de carecer de uno de los dos" (p. 92). Este principio puede trasladarse al análisis del cuento de Pombo: la pedagogía moral que transmite no se basa en la exaltación del amor o la gratitud, sino en la advertencia del ridículo y el desprecio social hacia quienes viven en la queja inmerecida. El cuento opera,

entonces, como una narración que inculca el temor a caer en la desproporción moral, configurando un dispositivo de control social a través del miedo.

Desde la perspectiva hobbesiana, el cuento adquiere otra dimensión. Hobbes (1651/2009), en *Leviatán*, afirma: “El miedo a la muerte y a la violencia es lo que impulsa a los hombres a buscar la paz y el contrato social” (p. 117). Si se entiende la figura de la viejecita como un arquetipo de ingratitud y de ruptura con los deberes básicos hacia la comunidad, la narración de Pombo se inscribe en la lógica del miedo como mecanismo de cohesión social. La amenaza simbólica no es la violencia externa, sino la exclusión, la burla y la pérdida de legitimidad social. De este modo, el cuento articula un orden moral en el que el miedo a la deshonra garantiza el respeto por los principios de equilibrio y sobriedad necesarios para la convivencia.

Asimismo, esta pedagogía del miedo puede leerse en clave ecológica. En un país como Colombia, donde la tradición oral y los cuentos infantiles funcionan como espacios de transmisión cultural, el temor a encarnar la desproporción moral de la viejecita puede interpretarse como una advertencia sobre los límites que la comunidad debe preservar frente al exceso y la inconformidad. De manera indirecta, la narración recuerda que la vida en comunidad requiere la administración justa de los recursos y la moderación en el deseo, principios esenciales para la preservación ecológica y social.

En suma, la figura del “antivillano” en *La pobre viejecita* revela que el miedo, lejos de ser solo un sentimiento negativo, funciona en el cuento como recurso pedagógico que orienta la conducta social. Tanto Maquiavelo como Hobbes coinciden en señalar que el temor es un pilar de la organización política y social; y Pombo, con un relato aparentemente ligero, inserta en la tradición literaria colombiana una pieza que ejemplifica cómo la pedagogía del terror simbólico contribuye a la preservación de la cohesión comunitaria y de los equilibrios colectivos.

EL ANTIVILLANO PROTECTOR Y EL MIEDO

La representación del antivillano en *La pobre viejecita* no se limita al control social general, sino que se concreta en el modo en que la protagonista encarna la paradoja de un protector ambivalente. Aunque la viejecita no ejerce poder directo, su figura se convierte en advertencia para las nuevas generaciones: el miedo a repetir su destino asegura que la comunidad reconozca la necesidad de equilibrio y gratitud como fundamentos de la vida social. Este papel protector se expresa de manera indirecta: la protagonista es rechazada, pero su rechazo preserva valores comunitarios.

El concepto de miedo en Hobbes permite profundizar en esta interpretación. Hobbes (1651/2009) sostiene que “la causa final, motivo o designio de los hombres […] al introducir esa restricción sobre sí mismos […] es la previsión de su propia conservación y de una vida más satisfactoria” (p. 120). En este marco, la función del miedo es evitar que los individuos caigan en un estado de caos y conflicto, lo que en términos narrativos se traduce en la advertencia pedagógica que encarna la viejecita: quien se deja llevar por la inconformidad sin razón erosiona los fundamentos del pacto comunitario. Así, el miedo que ella inspira no es a la violencia, sino al desorden moral que amenaza la cohesión.

Maquiavelo también ofrece un prisma complementario para comprender esta función ambivalente del antivillano. En su visión, el príncipe debe usar el miedo como herramienta política para proteger el orden y la estabilidad del Estado. Según Maquiavelo (1532/2004), “los hombres olvidan antes la muerte de su padre que la pérdida de su patrimonio” (p. 103). La lección es clara: el temor a la pérdida material es más poderoso que los afectos. En el cuento, la ironía de la viejecita se articula justamente en este terreno: posee riqueza, pero se percibe como carente. Esta paradoja se convierte en recurso para mostrar cómo el miedo a la pérdida y al ridículo puede funcionar como protector ambivalente de la comunidad.

El antivillano, en este sentido, no destruye a la colectividad, sino que la fortalece a través del contraste. La viejecita es rechazada, pero ese rechazo no busca

eliminarla, sino reforzar las normas de gratitud y reconocimiento que cohesionan a la comunidad. Su figura encarna la contradicción moral que funciona como espejo invertido: el miedo a repetir su destino impulsa a los lectores a valorar lo que poseen y a reconocer que el desbalance en la percepción de la abundancia genera desorden social.

El aporte de Hobbes es central para entender cómo el miedo, lejos de ser irracional, constituye la base del orden social. El pacto social surge del temor a la destrucción y al caos; en paralelo, el relato de Pombo recuerda que el miedo a la ingratitud y a la queja desmedida preserva la cohesión. El antivillano, como protector ambivalente, asegura la permanencia de la moral colectiva al encarnar el castigo simbólico de quienes se apartan de los deberes fundamentales.

Esta lectura permite afirmar que el cuento de Pombo opera como una pedagogía del miedo que combina las intuiciones de Maquiavelo y Hobbes. Maquiavelo muestra que el temor es más efectivo que el amor para mantener el orden, mientras que Hobbes lo concibe como fundamento del pacto social. La *pobre viejecita* sintetiza ambas ideas al convertirse en ejemplo de cómo el miedo a la ridiculez, al exceso y a la exclusión se convierte en una herramienta pedagógica que fortalece la vida en común.

La reflexión que se desprende de este análisis es que los cuentos de Rafael Pombo, y en particular *La pobre viejecita*, deben comprenderse como piezas literarias que cumplen funciones más allá del entretenimiento infantil. La protagonista, en su rol de antivillano, no solo representa la contradicción moral de la inconformidad en medio de la abundancia, sino que se convierte en instrumento pedagógico de control social y preservación ecológica. Desde la perspectiva de Maquiavelo y Hobbes, el miedo que transmite la narración no es un obstáculo, sino un recurso que preserva la cohesión y orienta la vida comunitaria. Así, el cuento se revela como un dispositivo simbólico que, bajo la forma de fábula, educa a la colectividad en el valor del orden, la gratitud y la contención como principios fundamentales de la existencia compartida.

BIBLIOGRAFÍA

Aristóteles. (2009). *Ética a Nicómaco* (J. Marías, Trad.). Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. (Obra original publicada ca. 350 a. C.).

Aristóteles. (2011). *Política* (M. García Morente, Trad.). Alianza Editorial. (Obra original publicada ca. 330 a. C.).

Bobbio, N. (1996). *Thomas Hobbes and the Natural Law Tradition*. University of Chicago Press.

Bourdieu, P. (1990). *El sentido práctico*. Siglo XXI Editores.

Camps, V. (2011). *El gobierno de las emociones*. Herder.

Camps, V. (2022). *La búsqueda de la felicidad*. Herder.

Castaño, C. (2019). *Ética y literatura en Colombia: pedagogía moral en los cuentos de Pombo*. Universidad Nacional de Colombia.

Colmenares, G. (2015). *La tradición oral y la literatura infantil en Colombia*. Editorial Planeta.

Cortina, A. (2000). *Ética mínima: introducción a la filosofía práctica*. Tecnos.

Cortina, A. (2007). *Ética de la razón cordial*. Nobel.

Cortina, A. (2021). *Ciudadanos del mundo*. Paidós.

Durkheim, E. (1993). *La división del trabajo social* (J. Jiménez Blanco, Trad.). Akal. (Obra original publicada en 1893).

Durkheim, E. (2000). *Las reglas del método sociológico* (M. García, Trad.). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1895).

Durkheim, E. (2003). *La educación moral*. Akal. (Obra original publicada en 1902).

Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar*. Siglo XXI Editores.

García Márquez, G. (1982). *La soledad de América Latina*. Discurso Nobel.

Garrido, M. (2018). *La ironía como recurso pedagógico en Rafael Pombo*. Revista de Estudios Literarios, 12(2), 45–63.

González, F. (2016). *Narrativa infantil y construcción moral en Colombia*. Revista Colombiana de Educación, 70(1), 101–123.

Habermas, J. (1998). *Facticidad y validez*. Trotta.

Hobbes, T. (2009). *Leviatán* (C. Mellizo, Trad.). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1651).

Hobbes, T. (2010). *De Cive*. Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1642).

Kant, I. (2002). *Crítica de la razón práctica* (M. García Morente, Trad.). Espasa-Calpe. (Obra original publicada en 1788).

Kant, I. (2005). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (M. Caimi, Trad.). Ariel. (Obra original publicada en 1785).

Kant, I. (2009). *La paz perpetua*. Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1795).

Korsgaard, C. (1996). *Creating the Kingdom of Ends*. Cambridge University Press.

Laín Entralgo, P. (1991). *Ética y literatura*. Revista de Occidente.

Levi, G. (2017). *Cultura popular y normas sociales*. Fondo de Cultura Económica.

Lledó, E. (2002). *El silencio de la escritura*. Crítica.

MacIntyre, A. (2001). *Tras la virtud*. Crítica.

Maquiavelo, N. (2004). *El príncipe* (L. Martínez, Trad.). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1532).

Maquiavelo, N. (2010). *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Gredos. (Obra original publicada en 1531).

Martínez, C. (2020). *Ética y pedagogía en la literatura infantil colombiana*. Universidad del Valle.

Mill, J. S. (2008). *El utilitarismo* (J. C. Moyano, Trad.). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1861).

Mill, J. S. (2011). *Sobre la libertad* (E. V. García, Trad.). Editorial Tecnos. (Obra original publicada en 1859).

Moraña, M. (2016). *Crítica impura. Estudios de literatura y cultura latinoamericana*. Iberoamericana/Vervuert.

Nussbaum, M. (2001). *La fragilidad del bien*. Paidós.

Nussbaum, M. (2010). *Sin fines de lucro: por qué la democracia necesita de las humanidades*. Katz Editores.

Ortega y Gasset, J. (1987). *Meditaciones del Quijote*. Espasa-Calpe.

Palacios, M. (2017). *Literatura, infancia y moral en el siglo XIX colombiano*. Revista Historia Cultural, 15(3), 201–229.

Pombo, R. (1984). *Cuentos pintados*. Panamericana.

Pombo, R. (2015). *La pobre viejecita y otros cuentos*. Editorial Norma.

Rawls, J. (2006). *Teoría de la justicia*. Fondo de Cultura Económica.

Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. Siglo XXI Editores.

Ricoeur, P. (2008). *Tiempo y narración I*. Siglo XXI Editores.

Rorty, R. (1991). *Contingencia, ironía y solidaridad*. Paidós.

Sen, A. (2000). *Desarrollo y libertad*. Planeta.

Taylor, C. (1996). *Fuentes del yo: la construcción de la identidad moderna*. Paidós.

Todorov, T. (1991). *Las morales de la historia*. Paidós.

Todorov, T. (2008). *La literatura en peligro*. Galaxia Gutenberg.

Villanueva, D. (2007). *El polen de ideas: teoría, crítica, historia literaria*. Gredos.

Zea, L. (1993). *Filosofía de la historia americana*. Fondo de Cultura Económica.

Zizek, S. (2011). *En defensa de las causas perdidas*. Akal.

OBSERVATORIO DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCALES DE IBAGUE EDUKIVOTOS

Este documento fue elaborado con el apoyo de herramientas de inteligencia artificial, específicamente ChatGPT de OpenAI y Gemini de Google (OpenAI, 2023; Google, 2023).

@EDUKIVOTOS